

La Tribuna

# La momia de Franco

**Sacarlo del Valle de los Caídos para llevarlo a la Alameda no puede ser de recibo para ningún demócrata, se considere más próximo o lejano de cualquiera de los dos bandos enfrentados en la guerra**

**Sorprende que, a 43 años de la muerte del supremo dictador de todas las Españas, aún haya partidos que defiendan su figura hasta límites sencillamente grotescos**



ALBERTO REIG  
@diaridarragona

## Catedrático Ciencia Política de la URV

Reig es catedrático de Ciencia Política de la URV desde 2002. Sus líneas de investigación son: política española contemporánea; Il República, Guerra Civil, franquismo, transición, Memoria histórica, Revisionismo y neofranquismo.

**P**or lo que parece, qué hacer con la momia de Franco es una de las cuestiones que animan el debate político actual con mayor intensidad. Evidentemente, el actual Gobierno llevado de la misma precipitación con que se formó, no alcanzó a calibrar las dificultades técnicas, jurídicas y políticas con que iba a toparse, pues salir de Málaga (El Valle de los Caídos) para acabar en Malagón (la catedral madrileña de la Alameda), no puede ser de recibo para ningún demócrata español, se considere más próximo o más lejano de cualquiera de los dos bandos enfrentados en aquella terrible guerra civil.

Anteayer, 20 de noviembre se cumplía el aniversario de su óbito que afortunadamente la mayoría de españoles obviaron por completo. Que lo entierren su familia donde mejor le plazca y cuanto más lejos mejor, «allá, allá lejos, donde habite el olvido». Y con él, pues no se le menciona para nada en este debate, a su compañero, José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española, el partido fascista español. ¿O habría que enterrar al lado de ambos a Azaña, Negrín, Largo Caballero o a «Pasionaria» en nombre de la reconciliación? Me refiero a «la momia» de Franco por servirme de la misma expresión de su nieto Francisco Franco Martínez-Bordiú, que cabe suponer la usó sin intención peyorativa. El faraón descansa plácidamente en su gran mausoleo y sacarlo de allí no responde a rencor alguno, sino a una inexcusable necesidad de reparación (moral) derivada de la llamada Ley de Memoria Histórica aprobada en sede parlamentaria de acuerdo con todos los procedimientos que exigen las leyes de cualquier democracia. Semejante túmulo funerario fue construido en vida suya con la

sangre de su propio pueblo, si bien eran «rojos» antiespañoles (esos sí, eran presos políticos) republicanos, y por tanto, poco importaban sus sentimientos y padecimientos. ¿Cuántas miserias y hambrunas de españoles no habrían podido paliarse con el coste económico de tan faraónica obra?

Lo verdaderamente sorprendente es que a estas alturas del curso aún perduren algunos fans ideológicos a los que se les ha parado el reloj de la historia, y no se han dado ni cuenta. Se trata ciertamente de un fenómeno metahistórico o parapsicológico. Sobre todo cuando por decir estas cosas nos llaman «pseudohistoriadores fanáticos y marxistas»; otros aquí nos tildan de «feixistes», así que no debemos de andar muy descaminados si en el término medio está la virtud. Franco, aún en su ignorancia, tenía al menos la sabiduría de la prudencia y nunca tuvo la pretensión de teorizar a propósito de nada aunque alguna que otra ocurrencia extravagante sí que tuvo. Lo de impartir doctrina, la verdad sea dicha, no se le daba nada bien. Primero, porque carecía de ella o era tan rudimentaria

que provocaba vergüenza ajena, como reconocían hasta sus más allegados como Pedro Sainz Rodríguez, que fue su primer ministro de Educación (sic), quien decía de él que «era un hombre de ideas simplistas y escasa cultura histórica». Y, segundo, porque para ese menester siempre dispuso de abundantes profesionales del halago personal que le regalaban incontinentes sus oídos a diario sin que nunca hiciera el menor gesto por contener tanta impudicia. No tenía mayor sentido tratar de teorizar sobre nada entre otras razones porque probablemente ni él mismo se creía lo que decía.

Respecto a sus logros que tan tramposamente difunden sus fans refiriéndose a datos sesgados y descontextualizados de la década final de su dictadura, cabe preguntarse por qué no dicen también que los índices de todo tipo alcanzados antes de la guerra no empezaron a recuperarse hasta pasados 25 años del inicio de su inacabable reinado. Hasta entonces, hambre y miseria. Tras su muerte, la democracia, en apenas una década pulverizó exponencialmente todos los indicadores de desarrollo económico de modo indiscutible. Franco era

más dado a callar y observar que a pensar y a hablar, que son tareas algo más fatigosas. Franco mandaba y punto. «Eso» es lo que verdaderamente «le ponía» más (que diría un joven postmoderno), y lo practicó hasta su último estertor. Pero por lo que se ve sus más distinguidos discípulos, admiradores y legitimadores no se ejercitan nunca en la noble virtud de la prudencia de su venerado y admirado Caudillo: «Más vale ser dueño de nuestros silencios que esclavo de nuestras palabras», aleccionaba Franco, «el prudente», ignorando sin duda que Shakespeare lo dijo un poco antes que él. Lo repetía con escaso éxito a la vista de los resultados, pues el número de boquirrotos desmedidos a su servicio siempre desbordó las previsiones más conservadoras.

Todo esto es bien sabido para quien quiera informarse adecuadamente donde corresponde, en los estudios serios de los historiadores y expertos acreditados, y no a través de los vomitorios habituales de la propaganda política y las redes sociales donde se expresan a sus anchas toda clase de opinadores ociosos. Lo sorprendente en nuestro caso es que, a 43 años de la muerte del supremo dictador de todas las Españas, aún haya partidos políticos que defiendan su figura hasta límites sencillamente grotescos, y aún otras organizaciones políticas emergentes con posibilidades reales de obtener algún escaño en las próximas elecciones, que lo reivindicán y exhiben, además, con sorprendente fervor, la rancia bandera de la gallina con la que nos golpeaban a los yayos que hemos podido sobrevivir a tan olvidable caudillo. Ahora, otros descerebrados de similar talante queman la bandera constitucional con el escudo que representa a todas las Españas. Cuánta ignorancia, cuánto fanatismo. Empieza a dar miedo.

